

## SUSCRICION

Madrid: 2 pesetas al mes; 6 id. trimestre.  
Provincias: 7,50 id.  
Extranjero y Ultramar: seis meses, 5 pesos fuertes en oro.  
Número suelto: una peseta 50 céntimos.

# La Ilustración de los Niños

## OFICINAS

Montera, 53, segundo  
MADRID

No se sirve suscripción cuyo pago no se anticipe.  
Anuncios y esquelas de defunciones de niños á precios convencionales.

## SUMARIO

I. Crítica.—II. El trabajo y la oración.—III. Indivinio, el niño saguntino.—IV. Después de la batalla.—V. Luz y sombra.—VI. En el cementerio.—VII. Amor fraternal.—VIII. Fé y esperanza.—IX. Miscelánea.—X. El árbol del Desierto.—XI. El sepulcro ardiendo.

## CRÍTICA

Perdónesenos, siquiera por esta vez, que consagremos nuestro primer artículo á la crítica. Tenemos el deber de escribir para enseñar y corregir, y hoy vamos á permitirnos corregir, dirigiendo nuestra humilde palabra á los fautores que inspiran estas líneas.

También la crítica enseña, y por eso no vacilamos; salvada la intención, la forma es lo de ménos, si llegamos al bien.

¡Que España está atrasada, que el Africa empieza en los Pirineos, que perecen las artes en la aurora de su vida, que languidece la afición al trabajo, que la indiferencia aniquila las fuerzas vitales, que el trabajo no produce, que aumenta la empleomanía y perecen las familias! Tales son las continuas exclamaciones que escuchamos en todos los círculos; tales son las censuras que se lanzan contra la actual generación, sin darse cuenta del origen ó de las concausas que producen esos deletéreos efectos; tal es la crítica, sin que nadie, por lo visto, se proponga de lleno destruir los gérmenes que esas consecuencias producen.

¿Qué han de hacer, para vivir, los hijos de familia que cultivan las profesiones, sino buscar la influencia de sus amigos para obtener un destino, cuando en el ejercicio de su facultad no encuentran elementos de vida?

¿Qué han de hacer los artistas sino pretender paga del presupuesto, cuando se rechazan sus méritos y se postergan sus obras?

¿Qué han de hacer los industriales, sino buscar el apoyo oficial si se recargan las tarifas y no se favorece la producción?

¿Qué han de hacer los agricultores si les falta el paternal apoyo de los gobiernos para la canalización de los ríos, el fomento de las vías de comunicación y trasportes, y sin leyes sabias y previsoras que neutralicen la competencia que les hacen los productos extranjeros?

Pero no es nuestro ánimo, porque en tan pequeños límites no podemos encerrar la doctrina que contrarestaría tales absurdos, discurrir sobre las causas en general que ocasionan nuestra postración, sino el de juzgar, siquiera sea someramente, una costumbre perniciosa establecida de poco tiempo á esta par-

te y que mata en flor el pensamiento del escritor y la provechosa escuela del teatro.

Lamentamos hablar del asunto, pero creemos que el silencio es hasta cierto punto punible, y vamos á hablar.

Existe en Madrid una pléyade de malos estudiantes, de personas viciosas, de individuos sin ocupación; en una palabra, de seres *sietemesinos*; los unos malrotando la herencia de sus padres, los otros engañando á deudos y amigos, otros viviendo trampa adelante con ajenos recursos, sin comprender el valor real de las cosas; muchos con ropas y alhajas prestadas, y no muy pocos del juego y de otros excesos, que por lo mismo que ignoran el mérito del trabajo y el valor del dinero, viviendo entre la crápula y el vicio, llegan por fin á perder toda noción de moral y sanos principios de educación.

Y no es que no la hayan tenido esmerada, no que no comprendan el mal que su ejemplo ocasiona, sino que, á impulsos de la irreflexión, por aquello de que el perímetro de Madrid es grande, se les figura que el defecto ha de quedar sin el castigo de la más severa crítica. Error lamentable. Por grande que sea Madrid, siempre hay alguno que conoce, señala y critica á los que olvidan su educación y lo que deben á su buen nombre y al derecho público.

El hijo, por ejemplo, de un acaudalado comerciante de provincias no se permitiría en su localidad producir un escándalo en el teatro, no se permitiría faltar á la cortesía y al respeto que se debe á la buena sociedad. Pues aquí, en Madrid, por echárselas de calavera, ó por cualquiera otra puerilidad, penetra en el teatro cubierto hasta los ojos, molesta y hasta insulta á la señora que ocupa su asiento, distrae con sus inconvenientes actitudes á los circunstantes, silba de la manera más injusta al actor y deprime sin consejo y sin fundamento el claro génio de los autores. Aquí, en Madrid, formando coro con esa pléyade irritante de viciosos, ofende y molesta con el ruido de su bastón á toda una selecta sociedad, y esta conducta coarta á los poetas inspirados y á los maestros de la escena, y el gusto se relaja, y el desaliento cunde, y el marasmo se apoderará por completo de nosotros, pues es imposible hacer nada serio y provechoso donde prevalecen tales excesos.

El trato de gentes, las reuniones sociales de cualquiera índole que sean, son un libro abierto para reformar las costumbres; si ese trato, si esas reuniones se violentan con el mal ejemplo, se infiere una profunda herida á la moral social, y de ahí que mueran en germen las sabias lecciones de los génios, de ahí el atraso intelectual y material de nuestro pueblo.

En vez de perturbar, dése aliento á la enseñanza y fructificará; en vez de distraer, júzguese con oportunidad del mérito, y la sávia del buen gusto se esparcirá por todas las inteligencias: mientras no se haga esto, el teatro no será una escuela deleitable; será un tormento para los hombres de buen juicio; un baldón de los modernos tiempos.

La educación, la cortesía y el interés que todos debemos tener en instruirnos, nos aconsejan moderación en todos los espectáculos públicos; la justicia y el decoro nos imponen el deber de juzgar sin apasionamiento, pues sentada la base del desorden, no hay sociedad posible.

Recojan la alusión los perturbadores y mediten el duro anatema que la sociedad ofendida lanza contra ellos por su temeraria irreflexión.

JOSÉ NOVI Y PEREDA

## EL TRABAJO Y LA ORACION

(APÓLOGO)

De un templo en flotantes nubes  
el incienso se elevaba,  
y puras preces llevaba  
de los fieles á su Dios;  
y de una fragua cercana  
blanco humo también salía,  
y en los aires parecía  
que se mezclaban los dos.

«Profano, el primero exclama,  
santa es la misión que llevo:  
no te acerques, yo me elevo  
hasta el trono del Señor.»  
Entonces, cual si bajara  
dulce voz del firmamento,  
se oyó evangélico acento  
que murmuró con amor:

«Uníos cariñosos los que subís al cielo,  
tú fruto del trabajo y tú de la oración;  
ambos paz y ventura derramais en el suelo,  
y ante Dios son hermanos los que en virtud lo son.»

JOAQUINA BALMASEDA

## INDIVINIO, EL NIÑO SAGUNTINO

POR

JOAQUIN CASAN

I

Corría el año 204 antes de J. C.: España, dominada por los cartagineses, audaces africanos, sufría resignadamente, acechando el momento de poder sacudir de su seno la odiosa dominación de aquellos enemigos de raza y de costumbres, que querían convertir á la española tierra en instrumento de su inextinguible odio á los romanos, que les habían hecho morder el polvo de la derrota. Ya, aun-



que sin resultado, intentóse dar el grito de independencia para sacudir de nuestro suelo á aquellos dominadores de moreno rostro, pero Indortes é Istolacio murieron en la demanda y no hicieron sino derramar su sangre generosa, que inició el largo catálogo de los mártires de la patria. Ya Orison habia vengado dura y sangrientamente en Belia los triunfos de los cartagineses, derrota que le costó la vida á Amilcar en su vergonzosa fuga; mas todas estas victorias y derrotas no hicieron sino aumentar el ardor bélico de los españoles y acrecer las sangrientas represalias del vencedor.

No cesaba el cartaginés en sus pretensiones de dominar la España, que tan apropósito era para señorear el Mediterráneo, después de perdida la primera guerra púnica y con ella la isla de Sicilia, escalon que debió servirle para derrotar y dominar á los romanos, y concluir con el temible enemigo de las orillas del Tiber que tanto estorbaba para sus planes; de aquí el duelo á muerte empeñado y en que por fortuna fué Roma la vencedora.

Tras el turbulento y guerrero mando de Asdrubal, sucedió Anibal, joven, entusiasta, y en quien parecia que el génio de la guerra habia encarnado en su mente; desde el momento de alcanzar el mando del ejército, su vista se fijó en Roma y pensó en su destrucción; su idea constante fué ver envuelta en llamas y saqueada á la orgullosa ciudad. Desde aquel instante no deseó ya más que romper con ella y dedicarse á buscar un medio que procurase la guerra entre ambos, y no tardó en hallarle, aunque ficticio y traicionero, y fué el herir á una ciudad inocente, pero que aliada también de Roma, era enemiga de raza, y su importancia esclarecida y notoria; esta víctima fué Sagunto.

## II

¡Sagunto! ¡Nombre mágico para los españoles, primera víctima de la patria independencia, sacrificada en aras de su fé, de su constancia y consecuencia; yo te venero, ciudad insigne, en la que se han pasado inolvidables temporadas de mi niñez! ¡Duerme arrullada por el recuerdo de tu eterna gloria en la falda del histórico monte en que se levantaba tu aereópolis; allí, oreada por la tibiana brisa marina y el perfume de tus valles, descansa orgullosa con la esperanza de que tu nombre será la égida que cubra el pecho español en los combates y les enseñe, á través de la niebla de los siglos, á preferir el nombre de patria á todos los honores!

Sagunto, colonia griega, fundada por los zazinthos, asentó en las costas de la Edetania, en la region más hermosa de la Península ibérica, y en uno de sus más bellos y encantados valles. Recostada en las ondulaciones de la cordillera que la abriga del Norte y del Oeste, daba y dá frente al lago de Zafir, llamado Mediterráneo, recibiendo, envuelta entre el centelleo de la movable plata, los primeros rayos del sol; los montes sobre que reclina la sirven de defensa y en ellos levantó su aereópolis ó templo y fortaleza, avanzando

sus casas hácia el mar, que distaba entonces mucho menos que ahora. Bañados sus muros por el Serabis, hoy Palancia, que le dá el último suspiro para sumergirse en el mar, y rodeados de bosques de naranjos y jardines, Sagunto se engrandeció prontamente y se hizo respetable ciudad.

La civilización griega, importada con ellos, se desenvolvió con rapidez bajo el encantado cielo de Valencia; los gérmenes de aquella, impulsados por las auras marinas, cual el pólen de la palmera, atravesaron el mar para desarrollarse en el cariñoso seno de una tierra tan semejante en belleza á la griega: por esta causa Sagunto fué la más importante ciudad levantina: allí las industrias florecieron arrojando el tosco vestido de la rusticidad y sus vinos y delicadas vagillas alcanzaron romana celebridad, que equivalia entonces á la europea.

Feliz vivia Sagunto cultivando sus campos y procurando el adelanto de sus industrias, arrulladas por el murmullo de las ondas, cuando envidiosos los de Turba (hoy Teruel) de la civilización y cultura de los saguntinos, no perdonaban medio de incomodarles y perjudicar en sus intereses. Así, la cuestión de riegos y de pastos puso la enemiga entre ambos pueblos, procurando los rústicos turbaletas molestar en cuanto les era dable la próspera campiña saguntina. En vano los habitantes de la costa habian procurado avenencia; los turbaletas, salvajes y amigos de su inculta inteligencia, no querian avenencia, y la cuestión iba tomando mal aspecto, cuando Annibal se ofreció á los turbaletas como mediador en el asunto. Con gusto aceptaron aquellos la proposición del africano, á quien dieron el nombre de aliado y protector.

Este era el deseo de Anibal, y gozoso aceptó el arbitraje que los turbaletas le proponian, siendo juez y parte al propio tiempo. Los saguntinos, dignos, enérgicos, pero meditados, rechazaron la intervención del africano y no quisieron aceptar su parcial y escandalosa sentencia. Esto era lo que ambicionaba, un rompimiento, y amenazas con la guerra. Sagunto la aceptó antes que acceder á la inicua pretensión de Anibal y los de Turba, y sin vanidad ni alarde se preparó para la lucha, reclamando el auxilio del Senado romano, de quien era aliada.

Anibal en tanto ponía en movimiento sus huestes, y talando, saqueando y sembrando la destrucción ante su paso, vino á presentarse á la vista de Sagunto con 150.000 hombres escogidos entre sus más feroces tropas. La ciudad estaba preparada y tranquila, cual el hombre honrado aguarda el terrible momento de la prueba, confiando en sus fuerzas y con la palabra de Roma. ¡Inocentes! No sabian que el poderoso promete, pero que su altura le exime de cumplir sus compromisos cuando éstos se relacionan con pequeños, no con sus iguales.

## III

Era una hermosa tarde de primavera: el sol se ocultaba tras las cumbres de los montes que cierran por Oeste el horizonte de Sa-

gunto, y sus rayos, hiriendo horizontalmente las nubes, las hacian aparecer como velos de blanca seda, recamados de brillante oro: el cielo, terso y azul, cual un espejo, era causa de que el Mediterráneo, muerto de envidia, quisiera rivalizar con aquél en la hermosura del color, brillando cual limpia plata, pues que no otra cosa parecia la blanca espuma que coronaba sus mansas olas. El campo, esmaltado por diversos tonos de verdura, parecia cual matizada alfombra, en la que se veian cruzar, cual cintas de plata, infinitos canalizos que repartian el agua á los sedientos campos, y este encantador paisaje era amenizado por el canto de millares de pájaros ocultos en las frondosas arboledas.

Más al Norte veíanse los rojizos muros de la ciudad, que estrechaban con su cerco el confuso remolino de las casas, que parecian querer erguirse sobre los robustos torreones, bañados en sangre por el tono de la luz y color de la tierra con que se hallaban contruidos. El aereópolis aparecia trasfigurado en lo alto de la colina y envuelto en una atmósfera de brillante tamo, y cual si la inmortalidad animara á la ciudad, de suyo tan pacífica y artística.

A esta hora, pues, se dirigian por junto al seco cauce del Serabis, algunos campesinos con los útiles de las faenas agrícolas, y llevando por delante algunas ovejas y vacas que ramoneando y triscando, al propio tiempo que lanzaban tristes mugidos, caminaban en demanda de la ciudad. Seguian al ganado y sus pastores, dos personas de muy distinta edad, montados en robustos caballos. El uno era ya un anciano, su cabeza y barba tenian el blanco de la plata; y su aspecto, nada vulgar, mirada enérgica y respetuoso continente, denotaban una persona avezada al mando, junto con la riqueza. Ginete en la otra cabalgadura, veíase un jovenzuelo, mejor un niño como de doce años, moreno, de ojos expresivos y ardientes, y de rostro ovalado, de fino y severo corte: su cuerpo robusto se señalaba bajo su sencilla túnica, ceñida con un rico cinturón de igual dibujo que el de la fimbria de su traje. Su desnuda pierna, fuerte y dura cual el acero, oprimia los costados del noble bruto, denotando su fuerza y soltura.

—Cuida no meter tu caballo por los pedregales, Indivinio.

—No temas, padre mio; sus cascos son muy fuertes y no le dañan piedras, contestó el niño, refrenando el empuje del caballo.

—Lo sé, hijo mio; pero ahora más que nunca necesitamos de ellos cuando nos amaga la guerra y camina sobre nosotros ya el africano enemigo. ¿Se sabe por alguno de los venidos esta mañana, por dónde anda el enemigo, Alidio?

Alidio se detuvo, y colocándose al lado de la cabalgadura de su amo, dijo:

—Lo único que han dicho es que se dirigen hácia aquí, y que al paso que llevan, aún tardarán dos ó tres dias en llegar, pues como van talando, incendiando y saqueando cuanto encuentran, su marcha es lenta.

—¡Quieran los dioses que Sagunto pueda concluir con esa maldita raza cartaginesa, y



ojalá los pueblos edetanos respondan al grito de guerra y esterminio.

—¿Crees que Roma nos auxiliará en esta situación, padre mio?

—Sí, Indivinio; la república ha empeñado su palabra y no faltará á ella.

—Por de pronto, aunque así sea, nadie nos quita tener la guerra encima y los consiguientes males que vienen con ella.

—Es verdad, Alidio, y quieran los dioses inmortales que no lloren los turbaletas y paguen caro su inícuo comportamiento con nosotros, y alianza con africanos.

—Yo, padre mio, quiero salir también al campo á pelear con ellos. Yo le pido á Vénus, añadió, extendiendo su mano á la izquierda del camino y señalando al templo de *Almæ-ara*, que se descubría sobre la inmediata colina, que me dé mucha fuerza para pelear con los soldados de Anibal.

Mandovilio, su padre, no pudo contener una sonrisa provocada por el orgullo de ver valeroso á su hijo.

—No, Indivinio, tú no estás aún en actitud de salir al campo para luchar: tú con tus compañeros, si acaso, tras los muros, nos verás pelear y morir por el sagrado suelo de nuestra querida patria, pero nada más; la muerte te horrorizaría; es muy niño aún mi querido hijo.

—No digas eso, padre mio, pues nunca se debe temer el morir; y quieran los dioses inmortales que los niños no tengan que enseñar á morir á los hombres.

Mandovilio y Alidio quedaron como asustados ante aquellas palabras, dichas con algún tanto tono profético, y se miraron en silencio.

—No os asustéis por lo que digo, pues si Indivinio no puede aún soportar el escudo, tiene puño y fuerza para manejar una lanza y hundirla en el cuerpo de un enemigo. Istolacio, gritó, llamando á uno de los criados que delante caminaban; dame tu lanza.

Su padre callaba, y cambiando una mirada con Alidio, sonreía de entusiasmo. Indivinio cogió la lanza, y poniendo su caballo al trote, se dirigió contra un olivo, en cuyo tronco clavó la lanza con tal fuerza, que quedó aquella cimbreado. Amo y criados se miraron asombrados, en tanto que Indivinio, rojo de orgullo, tornaba al lado de su padre envuelto en una nube de polvo.

—¿Puedo luchar? ¿Tengo fuerza para manejar una lanza ó una falarica?

—¡Valeroso Indivinio! No desmientes la raza de los Avoistas, tus antepasados; recoge la lanza, Alidio, añadió Mandovilio, al mismo tiempo que estrechaba contra su pecho la rizada cabeza del niño.

Alidio se llegó al olivo y tuvo que apoyar un pié contra el tronco para arrancar el hierro, profundamente clavado.

—No puedo, hijo mio, ménos de llenarme de orgullo, al ver que tu empuje es el de un guerrero consumado y puedes blandir una espada, si fuere necesario. Apresuremos el paso, pues tu madre estará impaciente con nuestra tardanza.

Los caballos tomaron el trote, y pocos mo-

mentos después llegaban á los portillos del muro, que guardaban vigilantes centinelas. Al mismo tiempo llegaban en revuelta confusión hombres, mujeres, niños y ganados, que venían huyendo del enemigo, que se aproximaba á la población.

La noche había cerrado y la luz del interior de las casas iluminaba con estrechas fajas la oscuridad de las calles. Pocos momentos después Mandovilio é Indivinio se apeaban á la puerta de su casa, siendo recibidos con transportes de alegría por la esposa y madre.

—Ya estamos aquí, madre mía; mañana llegarán los ganados y los cultivadores, y nada quedará ya expuesto á la furia del africano; mi rebaño ha venido con nosotros é Istolacio estará encerrándole en los corrales.

—Bien, hijo mio; lo que deseaba era veros llegar salvos, pues vuestra tardanza comenzaba á inquietarme.

—No temas, Ardovia; aún el enemigo se halla distante, pues se entretiene con el saqueo y el incendio, y aún se pasarán algunos días antes que llegue á nuestras puertas; vamos á decir la oración, pues ya la hora de tomar alimento ha pasado.

La familia, reunida con los esclavos y criados, se dirigió al cuarto en que se hallaba la ara santa del hogar, entre la que ardía el fuego sagrado. Arrojó Mandovilio sobre las ascuas leña de olivo, y una alegre llama iluminó la estancia; entonces entonó la plegaria Mandovilio, como sacerdote del hogar, trajeron una torta, miel, manteca y vino, que deramó sobre el fuego, haciéndole partícipe de la comida que tenían sobre la mesa; terminada la oración, levantáronse y se acercaron á la mesa para reponer sus cuerpos de la fatiga del día.

#### IV

Pasaron algunos días: la inquietud se veía pintada en el rostro de los habitantes de Sagunto; notábase en la población ese silencio fatídico que es siempre precursor de las grandes conmociones, y los numerosos grupos de soldados que coronaban las alturas, indicaban la proximidad del enemigo. El sol, escondiéndose tras moradas nubes, que corrían impulsadas por un fuerte viento, parecía querer ocultar su rostro para no ser testigo de los horrores que iban á tener lugar en aquellos campos. En sus intermitencias brillaban los aceros de las lanzas y los escudos, y el viento gemía azotando con rabia el ramaje de los árboles, que se tronchaba á su empuje. En las murallas no se veía bandera alguna ni se escuchaba instrumento de ningún género.

Todavía llegaban huyendo algunos rezagados campesinos que daban noticia de la proximidad del enemigo y las bárbaras crueldades que venía cometiendo. A la caída de la tarde, cuando el sol llegaba á su ocaso, sus rayos hirieron horizontalmente la ciudad, que apareció envuelta en una atmósfera de dorada luz, cual si la inmortalidad dejara ya caer sobre ella sus rayos. El campo tiñóse de fantástica tinta, y hasta el azulado Mediterráneo pareció suspender el cadencioso murmullo de

sus ondas. Los hierros brillaban cual plateadas hojas y sus destellos se quebraban en el suave effluvio que envolvía á la naturaleza, como si se hallara suspendida la vida en la contemplación de aquel hermoso cuadro.

En aquellos momentos, los guerreros que estaban de avanzadas hicieron señales que se acercaba el enemigo, y con calma y sin precipitación emprendieron la retirada cual si les doliera abandonar aquellos peligrosos puntos. Gritos de rabia y amenazas salieron de los muros al ver que llegaba el enemigo, y el deseo de ver pronto al odiado africano, hacia hervir la cólera en el pecho de los esforzados saguntinos.

La noche extendió su oscuro manto y centelleaban las estrellas; la brisa nocturna agitaba mansamente la arboleda, y un silencio sepulcral y oscuridad fatídica reinaba en la ciudad. De pronto un murmullo sordo, cual un torrente que se aproxima, se dejó oír, y fué aumentando hasta convertirse en un informe griterío, y las alturas vecinas se cubrieron de rojizas antorchas, á cuya luz se distinguía un revuelto tropel de hombres y caballos. Aquellas luces desparramáronse por las laderas de los montes, y pronto algunas casas de campo, abandonadas por sus moradores, se vieron envueltas por silbadoras llamas, hogueras que semejaban antorchas funerales de la gran catástrofe.

Los africanos siguieron avanzando hasta llegar cerca de la ciudad, y algunas saetas cruzaron el espacio con quejumbroso acento. La alegría de aquellos salvajes era brutal, y con sus gritos y ahullidos ensordecían el espacio. La noble víctima de la perfidia cartaginesa y de la doblez romana callaba y esperaba resignada el momento de la pelea. Las hogueras del invasor aumentaban y las tropas se multiplicaban, descendiendo cual un torrente que invadía la llanura.

(Se continuará.)

#### DESPUES DE LA BATALLA

Quando al fragor de lucha fraticida  
sucede triste calma,  
despiértase la mente adormecida  
y se entristece el alma.  
De lágrimas inúndanse los ojos  
del soldado valiente,  
al contemplar los míseros despojos  
de su aguerrida gente.  
Ya no puede estrechar aquella mano  
antes de vigor llena,  
y la preciosa sangre de un hermano  
enrojece la arena.  
El sol oculta ya el rayo postrero  
de su luz sin igual;  
reina solo en el campo del guerrero  
silencio sepulcral.  
Ya la noche se extiende por do quiera  
y no ve á su enemigo,  
recuerda solo la hora placentera  
que le llamó su amigo;  
Olvida entonces la injuriosa ofensa  
que su honra recibió,  
pues siempre alberga caridad inmensa  
quien valor demostró.  
No la sed implacable de venganza  
sus ideas domina;



es triste y melancólica esperanza  
la que su frente inclina.  
Mas pronto pasan cual fugaz estrella  
la calma y soledad;  
pronto el brillo fatal de la centella  
traerá la tempestad.

JOAQUIN OLMEDILLA Y PUIG

## LUZ Y SOMBRA

Nada más agradable para el que ama el arte que contemplar el nacimiento del sol y ver desaparecer heridas por sus rayos de fuego, las tinieblas, que cual fúnebre crespon ocultaban su luz y envolvían en el manto de la noche los resplandores del astro que colocado en el azulado firmamento parece el gigantesco diamante de la corona que orna las sienes del Creador. Nada más grato que ver rodar al abismo las nubes de la oscuridad y admirar, al nacer la aurora, el hermoso espectáculo que la naturaleza ofrece al cubrirse con todas sus galas. Los pájaros con sus gorjeos, las aveciñas con sus dulces trinos y los ruiseñores con sus melancólicas endechas, forman una armonía sin igual destinada á cantar las grandezas de los jardines celestes; las olas dormidas al dulce arrullo de los mares, juguetes de las auras, formando globos de espuma, que pregonan la inmensidad de esa dilatada superficie, espejo de los astros; las flores, mágicos esmaltes de los frondosos árboles que embalsaman el ambiente con sus gratos olores y embellecen la estancia en que se hallan, dan una ligera idea del infinito, y las ondas de luz que bordan el palacio de Dios con variadas orlas de colores, parecen el paraíso soñado en nuestra exaltada fantasía, el Eden que tiene por coronas las estrellas, y el alcázar inmortal desde donde veremos derrumbarse el microscópico universo que nos sirve de morada, para levantarnos con el ruidoso vuelo del águila á esa encantadora bóveda, iluminada por el sol de la gloria, coronada por los nacarados pétalos de las diamantinas rosas que adornan el espacio y cuyo pedestal es la armonía de los mundos mecidos en los vaivenes del aire.

Nada, por el contrario, tan triste como ver descender el sol en el horizonte para divisar más tarde apagada aquella luz que con las irradiaciones de sus rayos animaba la vida; contemplar la inmensa sombra que rodea el universo que divisamos, esmaltado algunas veces con estrellas, diamantes caídos de la corona de Dios, é iluminado pálidamente con los purpúreos destellos de la luna, nacarada perla del mar del espacio y florón de la noche, que representando lo incierto y pasajero, no tiene más vida que la que el astro rey le ha concedido, siendo un gran planeta perdido en la inmensidad si no recibe del sol, que baña con sus resplandores los horizontes, los pálidos destellos con que orna su superficie y da esplendor á su ficticia grandeza.

Al indicar á grandes rasgos el abismo que separa la luz y la sombra, hemos señalado el que media entre el fuego de la vida y el hielo de la muerte; entre el volcán y la solfatara; entre el rayo que destruye y la lluvia que fecundiza; y hemos bosquejado los fenómenos de la naturaleza, análogos á los que agitan el mundo de la historia y el mundo de las ideas, porque luz y sombra es la vida, sol es la ciencia y tinieblas la ignorancia, estrella fija la verdad y planeta el error, día la idea y noche la utopía, formándose con estos contrastes el tiempo, como se forma el planeta de gigantescas montañas y grandiosos

océanos, y se elabora la vida moderna con el pensamiento de cien generaciones y las conquistas de cien pueblos.

JOAQUIN G. GAMIZ-SOLDADO.

## EN EL CEMENTERIO.

¡Dios mío, qué solos  
se quedan los muertos!  
G. A. BECQUER

Es una tarde avanzada;  
va á ser la noche de un día,  
en que el sol oculto había  
estado en capa enlutada.  
Está la atmósfera helada;  
el suelo en nieve cubierto;  
el campo, todo desierto,  
me dice que el ruido leve  
que produce al caer la nieve  
el corazón deja yerto.

Cerca, triste se detalla  
el arruinado contorno  
de unas tapias cuyo adorno  
son cipreses de alta talla.  
A través de helada malla  
que en la nieve el viento aleve  
teje, á levantar se atreve  
una torre casi enana,  
que sostiene una campana,  
también cubierta de nieve.

Llegué á la puerta, está abierta.  
«¡Qué fría tarde, señor!»  
me dice el enterrador,  
que se abriga tras la puerta,  
«Si no fuera por la muerte  
junto á la lumbre estaría;  
qué buena tarde me hacía  
para jugar y beber;  
pasad si la queréis ver;  
no tardeis; casi hay ya día.»

Paso la avertura estrecha  
que me deja del postigo,  
y con un «gracias amigo»  
me voy á una cruz desecha,  
á que el tiempo abrió ya brecha,  
en el centro colocada  
de aquella pobre morada,  
y me arrodillo entre el lodo,  
que para los muertos, todo,  
todo respeto ¡ay! es nada!

Así un momento rezaba  
cuando un eco triste, agudo,  
turbó aquel reposo mudo  
que en el recinto reinaba.  
Era la esquila; tocaba  
á recibir en su hogar  
algun ser más que mandar  
quiso Dios, lleno de anhelo,  
por llevar el alma al cielo  
y su materia á enterrar.

«Descargad»—dice en voz dura  
el hombre que hallé en la puerta,  
y se dirige á una abierta,  
enlodada sepultura.  
Descubre el féretro el cura,  
le rocía de agua bendita,  
después le reza, medita,  
le bendice con amor,  
y al fin termina:—«¡Señor,  
recibe el alma de Anita!»

¡Los cuatro que la han llevado  
á asirle otra vez han vuelto,  
y con el paso resuelto  
junto á la hoya le han dejado.  
Uno de ellos, ha tomado  
de cal una media espuerta,  
y sin mirar á la yerta

faz de la niña, ha vertido,  
impasible, el contenido  
sobre el cuerpo de la muerta!

Después, la tapa ha apretado  
con su tosca ruda mano;  
ha recibido el anciano  
la llave, y han empujado  
el féretro, que ha rodado,  
sostenido de mal modo,  
medio cubierto de lodo,  
al fin de la sepultura;...  
después, la piqueta dura  
ha igualado el suelo todo.

*Requiescat in pace*—el cura:  
todos los demás: *Amen*  
y así abandonan también  
á la pobre sepultura,  
guardándose de la dura  
atmósfera fría, helada,  
dejando oír su pisada,  
que se pierde entre la nieve,  
después un rumor muy leve  
y luego, el silencio, nada!

Allá, de la nieve hollada  
y mezclada con la tierra,  
una súcia sombra encierra  
el cuerpo de la enterrada.  
Es oscura, destacada  
de la nieve en la blancura,  
me parece se murmura  
por la niña allí escondida:  
«¡Estoy de frío aterida:  
no olvideis mi sepultura!»

Poco á poco á disiparse  
va aquella sombra empezando;  
cae la nieve, va cuajando  
y termina por borrarse.  
Es difícil acordarse  
del sitio donde se encierra;  
dando á ver que el que á la tierra  
baja, recuerdo muy breve  
deja, y cual manto de nieve  
se extiende olvido y la entierra!

Cubre el cielo denso velo,  
y á la tierra blanca alfombra;  
de trecho en trecho una sombra,  
son símbolos de consuelo;  
son cruces que por el suelo  
dejó plantadas la mano  
de un padre, un hijo, un hermano,  
que al perder un ser querido,  
hasta el cementerio ha ido  
á rezar como cristiano!

¡Qué sola está la morada  
de los muertos! ¡En la cruz  
una sola pobre luz,  
por cristales resguardada,  
alumbra como aterrada!  
¡la sombra de hoyos abiertos...!  
viejos cipreses cubiertos  
por la nieve, casi helados...!  
¡Dios mío! ¡¡qué abandonados,  
qué solos quedan los muertos!!

HERNAN GONZALEZ.

## AMOR FRATERNAL

La lámina que tenemos el gusto de ofrecer á nuestros abonados, es el primer estudio que publica un joven dibujante, de quince años de edad, cuyo nombre se oculta por modestia, con el pseudónimo de Caton.

Ni hemos de juzgarle, pues, con severidad, teniendo en cuenta que es el primer ensayo,





AMOR FRATERNAL

Ayuntamiento de Madrid



ni hemos de omitir nuestro pláceme por las buenas condiciones que manifiesta para el arte, si le cultiva con afición y fé.

En la composición revela sentimiento artístico y algún gusto en la ejecución.

Representa dos hermanitos huérfanos y desvalidos, á merced de la inclinencia, que reparten su abrigo para resistir los rigores de la intemperie, y en su semblante se dibujan con propiedad el sufrimiento y la resignación, cualidad altamente recomendable en la temprana edad para abrirse paso á través del infortunio.

Se estrechan con pasión dando rienda suelta á los impulsos de su cariño, con lo cual mitigan las amarguras del alma, y á pesar de contemplar sobre sí un horizonte oscuro, se les presenta en segundo término un panorama bellissimo, nuncio lisongero de su futura prosperidad.

El lago que miran á sus piés, pantanoso y turbio, denota los males que afligen á los hombres que viven en el fango de los vicios y la luz que brilla sobre el nublado, el rayo de luz con que el cielo alumbra á la conciencia humana.

La exuberancia de la vegetación junto al pantano, nos da á entender que no debemos mirar con desprecio, ni mucho menos con odio, á los que consideramos sumidos en los vicios, porque de todo puede brotar algo fecundo, con el favor de Dios.

En resumen: es un pensamiento completo y delicado, que habla á la inteligencia de los niños, enseñándolos á querer á sus hermanos y á comprender la grandeza del Creador.

Prosiga el joven dibujante inspirándose en tan bellos sentimientos, sin engreirse con los triunfos de su trabajo, y lo que es hoy sencillamente una esperanza, podrá llegar á ser más tarde una honra para sí propio y para el arte nacional.

VICENTE D. BORDANOVA

## FE Y ESPERANZA

### I

Triste y mezquina vivienda ocupan Luisa y Milagro; en ellas todo respira pena, luto y desamparo.

Luisa, cariñosa madre de Milagro, hace tres años, que ansiosa espera el regreso de su esposo idolatrado.

Osbaldo rehusar no pudo partir á país lejano, y halló sembrado el camino de abrojos y desengaños.

Mas él á todo hizo frente, que arrojó con fuerte ánimo; era su ideal tan bello, como tan digno de aplauso.

De Luisa y Milagro, en su alma llevó el recuerdo grabado, y con la esperanza siempre de volver al suelo pátrio.

### II

Pasaban ambas los días y las noches sollozando, sin adivinar la causa de un silencio tan extraño.

Milagro, inocente niña —que era de hermosura un pasmo—

como su madre esperaba, mas su esperanza era en vano.

—¿Por qué no vendrá papá— sus manecitas alzando al cielo—decía triste, la niña, bañada en llanto?..

—¡Es indudable que ha muerto!..

—Mamá, no sabes el daño que me causan tus palabras; no lo permita Dios santo!..

¡Papá, que tanto nos quiere!

—Pues otra razón no alcanzo; resignación, hija mía.

—La Virgen hará un milagro.

### III

Entre dudas y temores, amargura y desencanto, pasaban días y meses y no regresaba Osbaldo.

Milagro, que á la sazón solo contaba ocho años, poco comun en su edad, tenía de ingenio rasgos.

Cierta noche, que su madre notara que habia dejado el lecho, vé que su hija en silencio, frente á un cuadro

De la Virgen se prosterna celestial gracia implorando: se arroja Luisa del lecho y á la niña entre sus brazos

Estrechando conmovida,

—¿Qué haces?—la dice; y Milagro contesta:—Mamá, pidiendo á la Virgen del Amparo,

Para que papá regrese felizmente á nuestro lado.

—¡Bendita seas!.. No dudes, dice á la niña besando,

Que la súplica de un ángel vuela al celestial espacio, y aunarán para alcanzarla los ángeles tus hermanos.

### IV

Hasta el fin nadie es dichoso, dice un refrán castellano, ¡qué de múltiples azares al hombre están reservados!..

Mas triunfó del buen esposo su bello ideal, y Osbaldo vió su esperanza cumplirse, cual lo habia imaginado.

Sus desvelos y sus penas, privaciones y trabajos, feliz término tuvieron, con un venturoso cambio,

Y ébria el alma de alegría al ver su plan realizado, tomó el rumbo para España, pensando en Luisa y Milagro.

### V

El tiempo veloz corria hoy esperanza mostrando, que destruía mañana un funesto desengaño.

Empero con fé y anhelo no desmayaba Milagro en su infantil oración, á la Virgen del Amparo.

Mas un día que la pena habia el rostro marchitado de Luisa y Milagro, llaman á la puerta... un sobresalto

Instantáneamente sienten ambas... un efecto extraño produce en sus almas... ¡cielos! ébria exclama Luisa... ¡Osbaldo!!

### VI

Mis infantiles lectores: ¡quién pudiera el bello cuadro

de ternura, describiros, que se improvisó entre Osbaldo

Y Luisa y la hermosa niña!.. no intentaré bosquejarlo que el silencio en ocasiones, más elocuente es que el lábio.

Osbaldo en brazos de Luisa, Luisa en los brazos de Osbaldo, formaban estrecho nudo de afecciones mil... en tanto

Milagrito permanece arrodillada rezando, ante la bendita imagen de la Virgen del Amparo.

Queridos niños: orad siempre con fé y esperanza, pues tan solo así se alcanza de Dios, fuente de bondad, nuestra bienaventuranza.

FAUSTINO JOUVE

## MISCELANEA

Con el título de *La Correspondencia de Austria*, hemos recibido el boletín anual de avisos, eco de la industria de Viena, cuya edicion se reparte gratis por todo el mundo civilizado, para anunciar sus productos.

Es un tarjetón en octavo, impreso con caracteres microscópicos, de forma elegante y tipos claros en el anverso y una preciosa mazurka de Chopin en el reverso, escrita para piano y grabada con suma delicadeza y gusto.

El que pretenda conocer esta publicación, puede obtenerla gratis haciendo el pedido *Verein für guten Geschmack*.—Viena.

Con el título de *Union literaria hispano-americana*, se ha fundado en Madrid una asociación, cuyo principal objeto es el de estrechar los lazos que deben unir á cuantos cultivan las letras en todas las regiones donde se habla el idioma de Cervantes. Con arreglo á las bases de esta sociedad, se establecerán en la Península y en los países de la América latina centros directivos que fomentando entre sí cordiales relaciones, harán cada día más fecundo el pensamiento de hermanar, por medio de las letras, á pueblos que tienen un mismo origen. Al realizarse esta idea, las obras de nuestros literatos podrán ser más conocidas al otro lado de los mares, y nosotros, por nuestra parte, podremos apreciar los tesoros que encierra la rica literatura de la América meridional.

Un telegrama del Gobernador de Salamanca al señor ministro de Fomento, dice literalmente así:

«Tengo el honor de comunicar á V. E. que en esta provincia no se adeuda cantidad alguna á los maestros de primera enseñanza.»

Trascribimos con la mayor satisfacción la noticia, felicitando al señor ministro por lo que respecto á su celo significan las palabras del telegrama, y al señor gobernador de Salamanca que con tanto interés ha atendido tan preferente atención.

Sirva esto de ejemplo á los encargados de estas obligaciones en determinadas provincias.



## EL ARBOL DEL DESIERTO

I



Un día se atrevió un niño á ir al desierto, pero volvió corriendo y llorando, y dijo á su padre:

—Padre mio, vengo del desierto, y he visto allí un árbol más encarnado que los corales; tú me has dicho que se crían debajo de los mares; aún le hubiera tenido por un coral, por más que crezca en el desierto; pero el caso es que el árbol llora lágrimas de fuego; que el árbol se queja y se retuerce... ¿Quieres decirme, padre mio, qué clase de árbol es ese que yo he visto en el desierto?

—Sí, hijo mio; escucha la historia de ese árbol; no la olvides jamás, y que te sirva de lección toda tu vida:

II

Ese desierto tan árido y tan solo, era antes una hermosa vega: por todas partes había fuentes, jardines, pájaros y bosques. En medio de ella se levantaba un magnífico palacio: sus paredes eran de oro y sus adornos de piedras muy preciosas.

Pues bien; el dueño de ese palacio era, como comprenderás, inmensamente rico. Tenía dos hijos.

En el corazón del mayor, cuyo nombre era Arturo, se desarrolló de una manera extraordinaria la avaricia.

—Si yo fuese solo, se decía, todo cuanto mi padre tiene sería para mí; pero viviendo mi hermano, no habrá más remedio que tomar la mitad cada uno... ¿Qué haré yo? ¿Qué haré yo?...

Pensó cómo deshacerse de su hermano, y un día en que fueron de caza, procuró extraviarse con él en medio del bosque. Entonces, quedándose detrás, le atravesó traidoramente con su afilado cuchillo, cuya punta llevaba preparada con veneno. Cavó una fosa, puso en ella el cadáver, la volvió á cubrir de tierra, entrelazó sobre ella ramas y hojas secas, y limpiando su cuchillo en el árbol inmediato, se fué á buscar á sus compañeros de caza.

Como no tenía conciencia, no le asustaba el crimen; así es que cuando llegó, dijo á los que encontrara:

—Amigos míos, ¡qué desgraciado soy! persiguiendo á un ciervo, se ha resbalado mi herma-

no junto á la orilla del río, y las aguas le han arrastrado en su corriente. Vayamos todos donde desagua el río, para ver si aún vive.

Con esto les alejó del bosque, y todos se fueron en busca del desgraciado hermano.

III

El infeliz padre supo la noticia. Amaba á su hijo mucho; no podía vivir sin él; poco á poco fué languideciendo; la tristeza le devoraba el corazón, y no tardaron muchos días sin que llegará el último de su vida.

Entonces Arturo se alegró del todo. Era solo, y para él solo eran cuantos tesoros tenía su padre.

Mas ¡ay! que á la tercera noche, un sueño aterrador empezó á inquietarle; no le dejaba dormir, y le causaba un dolor extraño. Soñaba que todo el dinero de su padre se había convertido en humo. La pesadilla era terrible, y levantándose cogió las llaves.

Pero figúrate cuál sería su amargura, cuando vió que su sueño no había sido sueño; porque, conforme iba abriendo los cajones, salía de ellos un humo espeso; exhalaba un olor inso-



portable, y, en cuanto el humo se disipaba, solo quedaba en el fondo del cajón un poco de polvo negro, y muchas manchas como si fueran de sangre.

—¡Qué desgracia! se decía; no comprendo esto.

Mas la idea de que su palacio y sus jardines valían inmensas riquezas, le tranquilizó algún tanto.

IV

Pero, hijo mio, los ríos, las fuentes, los arroyos de sus jardines se fueron secando; las flores se marchitaban, los árboles principiaron por no tener hojas verdes; luego siguieron secándose sus ramas, y por último, se caían al suelo y se volvían polvo.

Todo quedó como está ahora.

Era que la sangre envenenada del hermano se había extendido por la tierra, y toda raíz que tocaba se envenenaba también y moría su planta.

Entonces comenzó una secreta agitación en el corazón de Arturo.

Su rabia era terrible, porque todo cuanto giraba en torno suyo le llenaba de espanto.

—He muerto á mi hermano, decía, por poseer sus riquezas, y se me han vuelto humo, se han secado mis jardines; pero ¿qué importa?... ¿no tengo este palacio que vale mucho?... Este sitio me llena de espanto; destruiré el palacio; venderé sus paredes y sus piedras, y me iré muy lejos á vivir tranquilo.

V

No tardaron mucho en venir una infinidad de carpinteros y albañiles. Se empezó el derribo del palacio; y figúrate cuál sería la sorpresa de todos, cuando debajo de cada piedra, detrás de cada madero, veían un letrero escrito con sangre que decía:

—«¡Cuando hoy concluyas el trabajo, llévate los escombros para tí!»

Así es que todos los operarios se volvían ricos á sus casas, y el malvado dueño del palacio no lo podía impedir, porque al querer decir: «no os lleveis nada,» se retorció su lengua, que gritaba sin cesar: lleváoslo todo.»

Los carpinteros y los albañiles le tenían por loco; pero como les iba bien, callaban y corrían con los escombros.

Y de este modo se concluyó de derribar el palacio. No quedó ni una sola piedra, ni una sola flor, ni una sola hoja de yerba.

VI

Y Arturo se consumía de desesperación y de tormento. Estaba solo en medio de ese gran desierto. Se revolcaba sobre el suelo; quería darse muerte y no podía.

—Me iré de aquí, se dijo; pero ¿cómo irse, si en cuanto llegaba al término de la llanura, una atracción irresistible, como si fuera un grande imán, le llevaba otra vez al centro?

Tanta cólera, tanta rabia, le hicieron pensar en su hermano.

—Por tí, decía, sufro yo tanto tormento; iré, te desenterraré, y aunque ya estés insensible, saciaré mi venganza, despedazando tu cuerpo y arrojando sus pedazos por el suelo, para que los piquen las aves y los muerdan las fieras.

Pero, ¡ay, hijo mio! cuando llegó al sitio donde su hermano estaba enterrado, se abrió la sepultura, salió de ella una luz muy blanca, que fué subiendo, subiendo, hasta que se confundió con las estrellas. Entonces se agruparon en derredor de Arturo algunos restos de árboles carcomidos; la sangre de su hermano, que estaba estendida por la tierra, se reunió en aquel sitio, como si al desprenderse la luz la hubiese absorbido toda, y se fué formando un árbol que le dejó encerrado en su tronco.

Desde entonces no cesa un instante de comprimir su cuerpo, le estruja como la prensa á las capas de mosto, pero sin matarle nunca.

Por eso el árbol llora lágrimas de sangre; por exhala esos ayes lastimeros. ¡Y cuando las aves de rapiña desgajan sus ramas, cuando el huracán le azota ó las fieras le muerden creyendo que es de carne debe sufrir horriblemente...!

VII

—¡Ay, padre! y ¿siempre ha de ser así?

—Siempre, hijo mio; su tormento no tendrá fin. Tus hijos, tus nietos, los hijos de tus nietos y los nietos de éstos, podrán contarles á los suyos la historia del árbol del desierto, porque entonces todavía extenderá sus ramas; todavía exhalará quejidos; todavía llorará lágrimas de sangre; le picarán las aves, le azotarán los vientos, y le morderán las fieras...!

—Dame un abrazo, padre mio: yo te quiero mucho. Déjame que vaya á dar otro á mi querida hermana.

¡Oh! si yo no la quisiera, si en mi corazón sintiera algún día nacer el odio hacia ella, creo que me moriría de dolor y de tristeza.





## EL SEPULCRO ARDIENDO

## I

¿Quereis saber dónde está Mirynia?

No os canseis en revolver diccionarios geográficos, ni en registrar mapas, ni en consultar guías, ni en preguntar á los viajeros que conozcais para averiguarlo, pues solo existe en el mundo de mi fantasía, donde yo levanto un pueblo á mi antojo, y á mi antojo lo derribo, sin que para lo primero me importe nada el precio del terreno, ni para lo segundo me detengan los derechos de los propietarios.

Solo si os diré que Mirynia es el verdadero modelo de los pueblos, y sus habitantes los más venturosos de la tierra. Si algun vecino sufre, todos los demás, con exquisito cuidado, se esfuerzan en procurarle consuelo; si tiene algun quebranto en sus intereses, se vé en el momento socorrido. Las mujeres no son dadas á la murmuracion, que es cuanto hay que decir, ni á los chismes de vecindad; todas se quieren como hermanas, todos están contentos con su suerte; la ambicion y la envidia son pasiones que nunca perturban la tranquilidad de sus conciencias; baste decir que el Gobierno ha suprimido en Mirynia las autoridades por innecesarias, que no se conocen más armas que los cuchillos para las necesidades domésticas, y que un código que habia se enseña, como cosa rara, á los forasteros; es, en fin, tal la armonía, la paz y la ventura que allí se disfruta, que cualquiera tendria á los mirynitas por ángeles, á no habernos hecho reconocer la necesidad de que tengan alas los que desempeñan el cargo de traer y llevar á Dios recados suyos.

Por otra parte, Mirynia no puede ser más pintoresca: colocada en la vertiente de una elevada montaña, que la resguarda de los vientos frios del Norte, rodeada de perpétua verdura, que esmaltan perfumadas flores, alegrada por la inimitable música de infinidad de aves cantoras que anidan en las axilas de los árboles, y por el murmullo de las cascadas que descienden al valle, purificada por la fresca brisa que hasta ella llevan las brumas del mar cercano, y animada por el limpio color de sus casitas blancas, atrae irresistiblemente los viajeros, que no encuentran momento apropiado para abandonar aquella mansion tan deleitable.

## II

Mas ¡ay! ¿Qué mundo rodará por la trasparente bóveda azul del firmamento donde exista la felicidad completa?

Mirynia tiene, en medio de tanta hermosura, una mancha horrible. Los mirynitas, en medio de tanta tranquilidad, tienen un día al año de amargura y desconsuelo.

Porque, coronando la montaña, se ven las ennegrecidas ruinas del antiquísimo y misterioso castillo de la ambiciosa Martha, soberbio palacio que, hace muchos siglos, causaba la admiracion de aquellos reinos, y monton hoy de piedras, cubiertas de musgo y trepadoras, entre cuyas grietas anidan los lagartos y las serpientes y forman sus nidos las aves de rapiña.

Porque, sobre estos restos sombríos de la pasada grandeza, todos los años, á la media noche del día 3 al 4 de Noviembre, de ese mes melancólico en que el viento arrastra las hojas secas de los árboles y eleva hasta el Eterno las plegarias de los fieles, la imaginacion de los mirynitas, exaltada por los tristes recuerdos de la infortunada Silvia, cree verla levantarse en el centro de una ligera nube y agitar sus bra-

zos, como pidiendo auxilio, y acuden presurosos hácia las ruinas; pero las lluvias hacen cada año menos accesible la montaña y los esfuerzos de los mirynitas son inútiles, pues á la cumbre solo suben los reptiles y las aves, y retroceden aquéllos tristes y silenciosos, llenos de espanto y de fatiga, viendo cómo se desvanece la nube entre la oscuridad de la noche y cómo con ella desaparece Silvia, vertiendo lágrimas de angustia y de arrepentimiento.

Al otro día, sentados alrededor de la chimenea, y cuando los hijos preguntan á sus padres por qué les han dejado solos durante la noche, les cuentan de este modo la historia de Silvia:

## III

—Silvia, hijos míos, era una joven de extrema belleza; pero su corazón estaba lleno de ambicion y de envidia, hasta el extremo de no verse saciado nunca ni con nada: cuanto habia en su casa se le hacía poco para ella; si bajaba á la margen del río no dejaba una flor sobre su tallo, sufría horriblemente cuando encontraba alguna vecina del pueblo vestida con más lujo que ella, y cuentan que el día que se casó la hija del alcalde, como Silvia la vió llena de tantas joyas y que en su honor se celebraban tantas fiestas, estuvo á punto de volverla loca la desesperacion que sintiera.

Una tarde oyó Silvia la historia de Martha en cuyo castillo se decía que habia tal cúmulo de riquezas, y que de tal modo se encontraba y con tanta abundancia de todo cuanto hubiera que desear en el mundo, que ni los más ancianos del pueblo recordaban haber visto jamás sus puertas abiertas, ni conocian la servidumbre de su dueña, á cuyo castillo aplicaron, no sin fundamento, el adjetivo de misterioso.

Silvia no podia resistir que otra mujer en la tierra fuera más que ella; quiso para consolarse tener por invencion cuanto le habian contado, y, para convencerse de que no se engañaba, aquella misma noche, burlando la vigilancia de sus padres, se atrevió á subir al castillo.

Todo estaba cerrado; sólo en la pequeña puerta de uno de sus torreones, sobre la que estaba esculpido el escudo de armas de la noble casa, encontró Silvia un agujero por donde asomarse al interior del castillo, y con él el principio de su eterna perdicion.

## IV

No la habian engañado: ante su vista se presentaba una interminable galería llena de brillantes arañas, cuajadas de luces y guirnalda; una melodía dulcísima llegó hasta sus oídos, percibió un suave aroma que refrescaba su pecho y le parecía que, sin mover sus labios, gustaba de los más ricos manjares, y, sin mover sus brazos, se habia cubierto de un riquísimo traje de tisú bordado de oro y de preciosas piedras.

Entonces comenzó á golpear la puerta con fuerza incomprensible y á llamar con gritos de desesperacion y de cólera.

La puerta giró sobre sus goznes, y cuando Silvia se vió dentro del castillo, volvió á cerrarse tras de sí para no abrirse jamás.

Silvia, ébria de placer, comenzó á correr por aquellas galerías, cuyo fin no encontraba nunca; aquello era una maravilla: lujo, suntuosidad, riqueza desconocida completamente para ella: aquí, en dorada jálula, cantaban caprichosos pájaros cuyos cambiantes de luz fascinaban su vista y cuyos armoniosos trinos la dejaban estática; allí, en tranquilo lago, se deslizaban hermosos cisnes; más allá, sobre grandes jarrones

de trasparente porcelana, brotaban perfumadas y olorosas flores; por un lado se levantaban frondosos bosques, por otro fuentes cristalinas; en canastillos de limpios mimbres encontraba frutas exquisitas; Silvia, andaba y andaba sin cesar, descubriendo á cada momento mayores encantos; pero ningun sér humano se presentaba ante sus ojos.

Atribuyó Silvia á la noche aquella soledad; pero las luces se apagaron, brilló el sol del nuevo día, volvieron á encenderse aquellas cuando la siguiente noche cubrió otra vez de sombras el espacio, y Silvia, siempre sola en medio de aquel encantado paraíso!

## V

¡Oh! decía una mañana, me espanta esta soledad. ¡Cuánto daría yo por ser Martha! ¡Ella, dueña de este castillo, tendrá indudablemente, su palacio, y así como en medio de estos jardines halagará sus sentidos, satisfará en aquel su vanidad y su orgullo, rodeada de numerosa servidumbre y de obedientes vasallos!

¡Quién fuera Martha, repetía!

Absorta en estas consideraciones, no notó que ante su vista se levantaba una miserable puerta que se abrió á su paso, y Silvia se encontró en una estancia reducida y oscura, en medio de la cual habia un sepulcro ardiendo.

Silvia se acercó; una multitud de animales horribles y desconocidos para ella, entraban y salian de aquel sepulcro, dentro del cual debia haber algun ser viviente, á juzgar por los ahogados y dolorosos ayes que llegaron á sus oídos. Iba á retroceder espantada cuando oyó una voz que la decía:

—«Silvia, yo soy Martha; todo cuanto has visto es mio; pero mira los incomparables tormentos que padezco en castigo de mi ambicion y de mi envidia, tormentos que estaba dispuesto los padeciese hasta que otra tan ambiciosa como yo lo fui, envidiara mis riquezas y tuviera el irresistible deseo de disfrutarlas que en tí se ha despertado. Desde este momento son tuyas y tuya mi nobleza, así como tuya será la suerte mia.»

Al concluir estas palabras, entre Martha y Silvia se verificó un cambio incomprensible: Martha se encontró llena de juventud y de belleza, se levantó del sepulcro y en el momento que quedó vacío fué ocupado por Silvia.

La ambiciosa Silvia se retorcia de desesperacion y de cólera; recordaba perfectamente las maravillas del castillo, queria levantarse de aquel suplicio; pero una fuerza superior á la suya la retenia. Aquella situacion era espantosa, porque ella tenía memoria de todo, tenía conocimiento, sabia que Martha vestida de humilde traje, habia salido del castillo, habia llegado al pueblo y lo habia contado todo.

Pero cuando Silvia comprendia lo horroroso de su situacion, era cuando consideraba que ni aún sus mismos padres podian salvarla, pues como Martha le habia dicho, para esto era preciso tener tanta ambicion y tanta envidia como ella tuvo, y precisamente sirviéndonos esta historia de escarmiento, es fama que Mirynia es la ciudad más feliz de la tierra, porque es donde más conformidad y menos ambicion existe.

De esta historia hace ya muchos siglos, hijos míos, tantos, que, como veis, el suntuoso castillo no es más que un monton de ruinas; pero se sabe que existe el sepulcro ardiendo, aunque nadie le ha visto, porque es completamente imposible subir á la montaña.

R. Velasco, impresor, Rubio, 20